

BAUTISMO DEL SEÑOR - ES MAYOR FELICIDAD EL DAR QUE EL RECIBIR

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [Google Drive](#)]

Texto extraído del **Tratado del Amor de Dios** (Libro Primero, Cap. XV) de San Francisco de Sales, en el que el Santo nos invita a reflexionar sobre **LA CONVENIENCIA QUE HAY ENTRE DIOS Y EL HOMBRE**.

En cuanto el hombre considere con un poco de atención la Divinidad, siente una cierta suave emoción del corazón, la cual es una prueba de que Dios es el Dios del corazón humano, y nuestro entendimiento jamás siente tanto placer como cuando piensa en la Divinidad. Cuando algún accidente espanta a nuestro corazón, enseguida recurre a la Divinidad, con lo cual reconoce que, cuando todo le es contrario, sólo la Divinidad le es propicia, y que, cuando está en peligro, sólo la Divinidad puede salvarle y defenderle.

Este placer, esta confianza que el corazón humano siente naturalmente en Dios, sólo puede nacer de la conveniencia que existe entre la divina bondad y nuestra alma; conveniencia grande, pero secreta; conveniencia que todos conocen, pero que pocos entienden; conveniencia que no se puede negar, pero que tampoco se puede penetrar. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. ¿Qué quiere decir esto, sino que es máxima nuestra conveniencia con la Divina Majestad?

Nuestra alma es espiritual, indivisible, inmortal, y entiende, ve, es capaz de juzgar libremente, de discurrir, de saber, de poseer virtudes, en todo lo cual se parece a Dios. Nuestro alma reside toda ella en todo el cuerpo, y toda ella en cada una de sus partes, de la misma manera que la Divinidad está toda en todo el mundo, y toda la Divinidad en cada parte del mundo. El hombre se conoce y se ama a sí mismo, por actos producidos y expresos de su entendimiento y de su voluntad, los cuales, mientras proceden del entendimiento y de la voluntad, potencias distintas la una de la otra, permanecen inseparablemente unidos en el alma y en las facultades de donde dimanen. Así el Hijo procede del Padre, como su conocimiento expreso, y el Espíritu Santo procede como el amor expreso y producido del Padre y del Hijo; ambas personas son distintas entre sí y distintas del Padre, y, sin embargo, están inseparablemente unidas; más aún, forman una misma, una sola, simple, única e indivisible Divinidad.

Pero, además de esta conveniencia de semejanza, existe una correspondencia sin igual entre Dios y el hombre, gracias a su recíproca perfección. No porque Dios pueda recibir perfección alguna del hombre, sino porque, de la misma manera que el hombre no puede ser perfeccionado sino por la divina bondad, asimismo la divina bondad, en ninguna cosa, fuera de sí misma, puede ejercitarse tan a su sabor, como en nuestra humanidad. El hombre tiene una gran necesidad y posee una gran capacidad para recibir el bien; Dios lo tiene en gran abundancia, y siente una gran inclinación a dárselo.

Nada es tan a propósito para la indigencia como una generosa afluencia, y nada es tan agradable a una generosa afluencia como una menesterosa indigencia, y cuanto mayor es la afluencia del bien, tanto más fuerte es su inclinación a difundirse y a comunicarse.

Cuanto más necesitado es el pobre, más ávido está de recibir, como el vacío de llenarse. Es, pues, un dulce y agradable encuentro, el de la abundancia, y el de la indigencia, y, si Nuestro Señor no hubiese dicho que es mayor felicidad el dar que el recibir, casi no podríamos decir cuál es el mayor contento: el del bien abundante, cuando se derrama y se comunica, o el del bien desfallecido e indigente cuando toma y recibe. Ahora bien, donde hay más felicidad hay más satisfacción; luego mayor placer siente la divina bondad en dar sus gracias, que nosotros en recibirlas.

Nuestra alma, al considerar que nada la contenta perfectamente, y que su capacidad no puede ser llenada por ninguna cosa de cuantas hay en este mundo; al ver que su entendimiento tiene una inclinación infinita a saber cada día más, y su voluntad un apetito insaciable de amar y de hallar el bien, ¿no tiene, acaso, razón de exclamar: “Ah, no he sido yo creada para este mundo”? Existe algún soberano bien del cual dependo y algún artífice infinito que ha impreso en mí este insaciable deseo de saber y este apetito que no puede ser saciado. Por esta causa es necesario que yo tienda y me dirija hacia él, para juntarme y unirme con su bondad, a la cual pertenezco y de la cual soy. Tal es la razón de conveniencia que existe entre Dios y nosotros.

†

Renovemos nuestros propósitos con estos nuevos Ejercicios

¡Ave María y adelante!